

F R A G M E N T O S P A R A M I L U C A

Miluca Sanz se dio a conocer en el mundillo musical como teclista de Las Chinas, uno de los conjuntos fundacionales de la Nueva Ola madrileña. Ya entonces ella encontraba el tiempo de estudiar Historia del Arte, y en sus ratos libres dibujaba. Su vocación se precisó tras su paso por el estudio de Alfonso Albacete, que le dio algunas clases de pintura, y se ha ido afianzando con los años. Como mucha de la gente que está celebrando su primera individual en esta temporada, ha pasado, además, por varios de los talleres que se han impartido en el Círculo de Bellas Artes. Durante un tiempo, su estudio fue una habitación en el laberíntico piso de la calle Mayor, donde vive y trabaja Dis Berlín. Aunque ha celebrado sendas individuales en Granada y Coin, ha tenido la paciencia de esperar hasta ahora para presentarse en solitario en Madrid. Para completar el perfil, hay que mencionar que el de la moda tampoco es un mundo que le sea lejano: su primera obra dibujada "pública" fue el anagrama de una casa de modas de ramoniano título *-La Nardo-* que ella fundó con unas amigas, pero que al final se quedó en eso, en proyecto, en anagrama.

Los cuadros de Miluca Sanz que ahora se verán en Moriarty están agrupados bajo el título Colección primavera/verano. A esto hay que llamarlo por su nombre: jugar con fuego. Es valiente presentarse en sociedad con pinturas cuyos motivos están extraídos de ese mundo de la moda en el que ella estuvo a punto de tirarse de cabeza cuando *La Nardo*, y rematarlo con un título provocador. No poca gente puede apresurarse a colocarle a este trabajo, sin apenas mirarlo, todo tipo de epítetos. "Superfácil", por ejemplo, ya que ese parece el adjetivo al que están condenados, de Brummel a Cecil Beaton, cuantos a lo largo de los últimos dos siglos han construido el castillo de su obra con los naipes de la moda.

Sin embargo, y como siempre que de arte se trata, lo curioso es que, con tales materiales, y donde otro se quedaría, sí, en la superficie, esta pintora está logrando...pintar. Una distancia considerable separa, en efecto, sus primeras tentativas, dotadas y de gracia y de frescura, pero fuertemente anecdóticas e ilustrativas, y poco sustentadas en una idea y en una técnica de la pintura, de estas composiciones mucho más conscientes y ambiciosas que ahora se van a exponer. Esta distancia ya se apreciaba en sus primeros lienzos, respecto a sus dibujos. Pero ahora, en unos meses, el salto ha sido mucho mayor todavía.

Crear arte con la moda, efímera por naturaleza. Jugar con los estilos. Fijar en unas cuantas imágenes, breves y precisas, algo que temporada tras temporada es mutable, se desdibuja, se disuelve en el aire. Estos son algunos de los propósitos de la pintora en la actual fase de su trabajo. Por encima de todo, y aunque el título de la muestra se preste voluntariamente a los equívocos antes referidos, un objetivo: que cada vez más los motivos sean tan sólo eso, motivos, pretextos, que nunca una pintura sea una ilustración o un dibujo "inflados".

Hay artistas a los que se les nota que les cansa, les aburre lo que hacen. Tienen una especie de obligación de ser artistas, pero en el fondo podrían ser cualquier otra cosa, y les iría igual de bien, o de mal, en la vida. En este caso, en cambio, está clarísimo que, como quien no quiere la cosa, con una tenacidad tranquila, nada enfática, Miluca Sanz ha demostrado que pintar es lo que más le interesa, y que es una corredora de fondo

que no tiene prisa, que se toma el tiempo que considera oportuno para aprender, para ir encontrándole las vueltas a la pintura.

La moda le fascina, y lo demuestra eligiendo en ese mundo losa motivos de sus cuadros y de sus dibujos. La moda, sí, pero no las modas de la pintura.

Del diseño de los cincuenta, que vuelve por doquier con tanta fuerza, Miluca Sanz toma prestados ciertos elementos que aquél, a su vez, le pidió prestados –eran los años de lo que Pérez Villalta ha llamado lo “neomoderno”- al arte de vanguardia. Por ejemplo, esos recuadros de color que ella mete en los cuadros, y que no guardan ninguna relación con las figuras, hacen pensar, a la vez, en los recuadros de color de cierto Fernand Léger, y en recursos similares utilizados por los diseñadores de *Vogue*, *Vanity Fair*, *Elle* y otras revistas. Por ejemplo, los rótulos, inscritos en el color, que aquí se multiplican, repitiendo marcas comerciales o frases extraídas de las revistas –*Il piacere di piacere*- hacen pensar, a la vez, en el *Jazz*, de Matisse, y en telas estampadas neomodernas.

Si en algunos de sus cuadros antiguos la gama cromática podía recordar, por lo violento de los contrastes, ciertos efectos matissianos, en la mayoría de los que ahora se van a exponer las cosas se plantean de un modo bastante distinto. Miluca Sanz demuestra con ellos que, además de haberle dedicado últimamente mucho tiempo a pintar, ha dedicado por lo menos otro tanto a ordenar sus ideas en materia de arte. Gran refinamiento colorista, ya, de esta pintura: aquí unos negros asociados –en un efecto de

vidriera- con naranjas y con verdes turquesa, allá unos rosas y unos amarillos tan pálidos que parecen sacados de una polvera. Uso reflexivo e inteligente de la dispersión espacial y conceptual a lo Schnabel o a lo David Salle: yuxtaposiciones, montajes, convivencias de estilos y tonos diversos, convierten el cuadro en un espacio donde todo es posible.

Amontonamientos casi cubistas de cajitas, de polveras, de perfumadores, de barras de labios: bodegones de la feminidad.

Rostros, cuerpos, peinados , miradas melancólicas de las mujeres que se aventuran en este mundo de objetos creados para ellas, y las que Miluca Sanz confiere un aire vagamente arcaico.

En este recorrido por los motivos que brinda la moda no podían faltar los más clásicos: las ces simétricas y enlazadas de Coco Chanel, y el anagrama, también equilibrado, y lleno también de resonancias, de Balenciaga. Chanel, Balenciaga: la moda, o la búsqueda de su historia. (La de Chanel, por cierto, acaba de escribirla Jean Leymarie, conocido por sus libros sobre Corot, Picasso y Balthus)

Dos trazos bastan, a la acuarela, para sugerir un zapato, un perfuma, el aire de una época. Otros dos trazos, para construir rostros cubistas, algunos desencajados, muecas, sonrisas, cuerpos cubistas descoyuntados, utilizando, como fondo, cubiertas d erevistas.

Díálogo con la moda actual, diálogo con visiones anteriores de la moda –la moda, ya convertida, paradójicamente, en historia: el rastro de lo efímero-, diálogo también con el

arte moderno: la ambición de esta pintora puede medirse a la vista de estos tres niveles en los que opera; del espacio que así crea, de los recursos pictóricos cada vez más adecuados que utiliza.

Juan Manuel Bonet